

PARTE SÉPTIMA

I

El pueblo romano acampaba en los suntuosos jardines del César, que fueron de Domicio y de Agripina, en los de Pompeyo, de Salustio y de Mecenas, y en el Campo de Marte. Habían sido invadidos por la multitud los pórticos, los juegos de pelota, las magníficas quintas de recreo situadas en las cercanías de Roma y hasta las construcciones en donde se encerraban las fieras destinadas á los espectáculos circenses. Para saciar el hambre, el populacho dió prontamente cuenta de los animales que eran ornamento de los jardines; así de los pavos, cisnes, faisanes, ciervos, gacelas y antilopes, como de los avestruces y camellos. Eran tan abundantes las provisiones que llegaban de Ostia, que se podía ir de una á otra orilla del Tiber, como por un puente colosal, pasando por encima de los buques y barcazas que los transportaban. Vendíase el candel al precio inverosímil de tres sextercios y se repartía gratuitamente á los más pobres. Traíanse al propio tiempo cargamentos de vino, de aceite y de castañas, y llegaban todos los días de los vecinos montes rebaños de bueyes y de ovejas.

No faltaban, pues, provisiones, y sin duda los miserables que al estallar el incendio se hacinaban en las callejuelas de la Suburra comían ahora muchísimo mejor que antes. Mas si el hambre quedaba saciada y por este lado habíase conseguido conjurar el conflicto, no acontecía lo mismo en lo que atañe á la conservación del orden pues la confusión y el barullo en que estaba el pueblo, el desconcierto de los servicios públicos y la escasez de fuerza armada para contener la licencia, hacían

muy difícil evitar los latrocinios, el saqueo y las fechorías de todo género, tanto más cuanto que los criminales gritaban de continuo: «¡Viva el César!» y aplaudían á éste con frenesí donde quiera que apareciese. Durante la noche librábanse combates encarnizados, cometíanse asesinatos, eran robados niños y mujeres. Cerca de la Puerta Mugonia, alrededor de un circuito donde se depositaba el ganado que había de sacrificarse para el consumo, se empeñaban verdaderas batallas, en las cuales perecían á centenares los combatientes. Las riberas del Tiber estaban llenas de cadáveres que nadie se cuidaba de enterrar y que, por efecto del calor de la estación y del incendio, se descomponían en seguida infestando la atmósfera de miasmas deletéreos. Las enfermedades iban en aumento; los más timoratos presagiaban una epidemia.

La Ciudad continuaba ardiendo. Hasta el sexto día, en que llegó el fuego á los espacios que para aislarlo se habían abierto derribando gran número de edificios, no empezó á decrecer. Mas era aún tan vivo el resplandor de las brasas que á nadie se le ocurría que estuviera próximo el fin del incendio; y, en efecto, en la séptima noche se avivaron las llamas por haber prendido en las casas de Tigelino; si bien, luego, consumido este combustible, se fueron lentamente extinguiendo.

En diversos puntos derrumbábanse los edificios devorados por el fuego, lanzando al aire enormes columnas de humo y chispas. Poco á poco iba cubriéndose la Ciudad de una capa de ceniza gris que dejaba entrever acá y acullá las enormes ascuas que formaban el rescoldo de la hoguera colosal, y ennegrecíanse las humeantes ruinas que resaltaban como gigantesco tizones. No volvió á teñirse en sangre el cielo después de la puesta de sol, y únicamente en la profunda obscuridad de la noche divisábanse de cuando en cuando azuladas y efímeras llamas que salían como lengüecillas del inmenso montón de cenizas.

De los catorce barrios de Roma sólo cuatro se salvaron, incluyendo entre ellos el Transtevere. Cuando todas las ascuas se hubieron convertido en cenizas, el espacio comprendido entre el Tiber y el Esquilino no fué sino una plaza dilatada, gris, melancólica, muerta, sobre la cual se erguían algunas ruinas que humeaban como antorchas funerarias. De día vagaban por la lúgubre plaza grupos de personas que

removían los escombros en busca de objetos preciosos ó de los restos de algún ser querido; de noche aullaban en ella los perros...

Las liberalidades del César no fueron bastantes á calmar el descontento y la cólera del pueblo. Habían quedado satisfechos solamente los malvados, los ladrones, la gente miserable y sin hogar que, gracias al incendio, se alimentaba bien y comía impunemente todo linaje de excesos. Pero á los ciudadanos que perdieron familia y bienes en la catástrofe no era posible acallarles la sed de venganza con repartos de trigo y promesas de donativos y espectáculos; y, en lo que concierne á la de reedificar la Ciudad, eran muchos los que, exaltados por el amor patrio, se enfurecían al oír la voz, con insistencia propagada, de que el Emperador, por desprecio al nombre de Roma, quería llamar *Nerópolis* á la nueva capital.

No escapaba á la perspicacia de Nerón, á pesar de las serviles adulaciones de los augustales y de las mentiras de Tigelino, que la actitud airada de la plebe podría serle fatal, no ya por envolver el peligro de una revolución inmediata, sino más bien porque á faltarle el apoyo del pueblo en la guerra sorda, pero tenaz y empeñadísima, que, como sus predecesores, sostenía con los patricios y con el Senado, podía llegar á verse gravemente comprometido.

También temblaban los augustales porque, no menos que Nerón, eran blanco de las iras del pueblo, pues á sus instigaciones se atribuían los crímenes por aquél perpetrados. Tigelino tuvo el intento de hacer venir del Asia Menor algunas legiones, y Vatinio, que reía siempre á mandíbula batiente, hasta cuando le abofeteaban, había perdido por completo el buen humor, como Vitelio el apetito. Consultábanse unos á otros sobre la manera de conjurar el peligro, porque nadie ponía en duda que si la plebe se rebelaba no quedaria un augustal con vida, exceptuando acaso á Petronio.

Tigelino pidió consejo á Domicio Afro y aún á Séneca, á pesar de que le odiaba. Popea, persuadida de que la caída de Nerón sería su sentencia de muerte, solicitaba también el dictamen de sus confidentes y aún el de los rabinos hebreos, dando con ello pábulo á la extendida creencia de que se había convertido á la religión judaica. Por su parte, el Emperador inventaba los más caprichosos y singulares expedientes, terroríficos algunos, irrisorios los más, y ora temblaba de miedo,

ora se entretenía como un niño, sin dejar nunca de lamentarse.

Un día se celebró consejo en el palacio de Tiberio, respetado por las llamas. Petronio sustentaba la opinión de que sin más dilaciones se debía emprender el viaje á Grecia y trasladarse desde allí á Egipto y al Asia Menor. El César acogió con entusiasmo esta proposición; pero Séneca, después de reflexionar un instante, observó:

—Nada más fácil que partir; pero ¿lo será igualmente volver?

—¡Por Hércules! —replicó Petronio.— Si es necesario, volveremos á la cabeza de las legiones del Asia.

—¡Así lo haré! —exclamó Nerón.

Tigelino manifestó algunas dudas, no porque fuese capaz de concebir otro proyecto más sensato, sino porque en modo alguno quería que Petronio apareciese de nuevo, en momentos críticos, como el único hombre capaz de salvarles á todos.

—Te ruego ¡oh, divino César! que me atiendas un instante —dijo.— El consejo que te da Petronio me parece descabellado y podría sernos funesto, porque es posible que antes de llegar á Ostia estallara la guerra civil y fuese proclamado emperador cualquier descendiente del divino Augusto. Y, ¿qué haríamos nosotros si las legiones se pusieran de su parte?

—Buscaremos la manera —contestó Nerón— de que no se halle ningún descendiente de Augusto. No me parece difícil deshacernos de los pocos que quedan.

—Ciertamente es muy fácil; pero, ¿crees tú que no puede proclamarse emperador á otra persona? Sin ir más lejos, ayer mis soldados oyeron entre el pueblo la voz de que muchos deasean sustituirte por Traseas.

Nerón se mordió los labios, y, alzando los ojos, exclamó:

—¡Oh, pueblo insaciable é ingrato! ¡Pues qué!; ¿no tiene trigo de sobra y fuego suficiente en ese inmenso horno para cocer sus tortas? ¿Qué más quiere?

—¡Venganza! —contestó Tigelino.

Siguió á esta palabra profundo silencio. De pronto el César se puso de pie y tendiendo los brazos, exclamó:

¡Oh grito de venganza, de víctimas sediento!

Y, olvidándose del apurado trance en que se hallaba, con la faz radiante de alegría, dijo:

—¡Pronto! ¡Una tablilla y el estilo! Quiero apuntar este verso. Jamás Lucano hizo otro igual. Como habréis advertido, lo he improvisado en un pestañear de ojos.

—¡Es asombroso! ¡Incomparable! —gritaron algunos.

Nerón, después de haber escrito el verso, murmuró:

—Sí, la venganza tiene sed de víctimas...

Y mirando en torno suyo añadió en voz alta:

—¿Y si difundiéramos el rumor de que es Vatinio quien ha pegado fuego á Roma y lo abandonáramos al furor del pueblo?

—¡Oh, divino! ¿Y quién soy yo para representar un papel tan importante? —gimió muerto de miedo el aludido.

—Es verdad. Conviene buscar un personaje de más peso... ¡Ya caigo! ¡Vitelio!

Este se puso amarillo como la cera; pero en seguida, aparentando serenidad, se echó á reír y dijo:

—Mi grasa, señor, sólo serviría para avivar el incendio...

Nerón seguía buscando mentalmente una víctima, aunque no de la calidad de Vitelio, sino de tan elevada posición y tan odiada que pudiera realmente calmar las iras del pueblo. Así es que paseó la mirada por la estancia y de pronto la detuvo sobre el Prefecto del Pretorio, diciendo:

—¡Tigelino: tú eres el incendiario!

Estremeciéronse los augustales al oír estas palabras, porque comprendieron que el César hablaba formalmente entonces y que iban á presenciar una escena terrible.

El rostro de Tigelino se contrajo como el hocico de un perro que va á morder.

—¡Sí, yo soy el incendiario... yo he pegado fuego á Roma... mas por orden tuya! —contestó.

Y estuvieron mirándose fijamente durante un buen espacio.

Era tan profundo el silencio en la sala que se hubiera oído el zumbido de una mosca.

—Tigelino —preguntó al fin Nerón:— ¿me quieres?

—¡Bien lo sabes tú, señor!

—Pues bien; ¡sacrificate por mi!

—¡Divino César! ¿Por qué me ofreces tan agradable licor, si sabes que no puedo llevar la copa á los labios? El pueblo está amotinado... ¿Quieres que se subleven también los pretorianos?

Los augustales se estremecieron al oír estas palabras, que constituían una amenaza en boca del Prefecto del Pretorio.

Nerón debió de entenderlo también así, pues su rostro se cubrió de mortal palidez.

En aquel momento entró Epafrodites, liberto del César, y suplicó á Tigelino que fuera en seguida á las habitaciones de la Augusta, donde había algunos hombres que acababan de hacer importantes revelaciones.

El Prefecto del Pretorio, hecha una reverencia al Emperador, salió muy tranquilo, como ufanándose de haberle enseñado los colmillos y bien persuadido de que contra él no se atrevería el cobarde dominador del mundo.

El César permaneció en silencio hasta darse cuenta de que los cortesanos esperaban ansiosamente que despegara los labios.

— ¡He cobijado en mi seno una serpiente! — dijo al fin.

Petronio hizo un ademán para indicar que á una serpiente como aquella no era difícil quebrantarle la cabeza.

— ¿Qué quieres decir?... ¡Habla! ¡Aconsejame! Únicamente en ti confío, porque aventajas á los demás en talento y me amas con lealtad — dijo Nerón.

El *Árbitro de las Elegancias* estuvo á punto de responder: « Nómbrame á mi Prefecto del Pretorio; para que el pueblo pueda saciar su sed de venganza le entregaré á Tigelino, y en un sólo día apaciguo la Ciudad. » Pero vencióle su natural indolencia y desistió de este propósito. La jefatura de los pretorianos involucraba la necesidad de cargar con las enojosas molestias de los negocios de Estado y con la persona del César, y Petronio prefería dedicarse á la lectura en su espléndida biblioteca, admirar vasos y estatuas, llevar una vida muelle y sibarítica. Así, pues, contestó:

— Insisto en aconsejarte el viaje á Grecia.

— ¡Ah! — replicó. Nerón suspirando — Esperaba de ti dictamen más juicioso. Bien sabes que el Senado me odia; si parto, es muy posible que me destituya y proclame emperador á otro. El pueblo antes me era fiel; mas ahora se ha puesto de parte del Senado... ¡Ah! ¡Por el Hades... si Senado y pueblo tuviesen una sola cabeza! ...

— Permíteme observarte, divino César, que si deseas conservar la ciudad de Roma es preciso que conserves también algunos romanos — repuso irónicamente Petronio.

— ¿Y qué me importan á mí Roma y los romanos con tal que en la Hélada quieran oír mis cantos? Aquí estoy siempre

rodeado de traidores. No puedo confiar ni en mis mejores amigos... ¿No estáis vosotros mismos dispuestos á abandonarme?... ¡Ah! sí, sí; bien lo sé. Ni siquiera teméis el fallo de la posteridad, que necesariamente ha de ser severísimo con los que despreciaron á un artista de mi temple.

De súbito interrumpió estas lastimosas quejas, y dándose un golpe en la frente añadió:

— ¡Oh! hago mal en olvidarme de quien soy. El peligro me había hecho perder el sentido de la realidad...

Y, dirigiéndose á Petronio con semblante risueño, agregó:

— ¿No crees tú que de la misma guisa que Orfeo amansaba con la música las fieras, lograría yo calmar el furor del pueblo si cogiera mi laúd, y, plantándome en el Campo de Marte, cantara las estrofas que os canté á vosotros durante el incendio?

Tulio Seneción observó:

— No hay duda, César; calmarías su irritación si te oyera; pero la dificultad está en que te dejen empezar.

— ¡Oh!... entonces... ¡vámonos á Grecia!

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras cuando entró Popea seguida de Tigelino. Todas las miradas se concentraron sobre ellos porque jamás triunfador alguno al subir al Capitolio mostró tanta altivez y orgullo como Tigelino en aquel momento. Erguido con cierta gallardía delante del César, habló sosegadamente, con voz clara y vibrante, si bien á ratos tenía estridores como el hierro mordido por la lima.

— ¡Oye, César! Al fin he encontrado lo que deseabas. Tiene el pueblo sed de venganza y pide víctimas; pero no una, sino centenares, millares de ellas... ¿Has oído hablar, señor, de un tal Cristo que fué crucificado en Judea por Poncio Pilatos? ¿Sabes quienes son los cristianos? ¿No tienes noticia de sus iniquidades, de sus crímenes, de sus repugnantes ceremonias? ¿Ignoras tal vez sus profecías de que el mundo ha de perecer consumido por el fuego? ¡El pueblo les odia y empieza á sospechar de ellos! Nunca se les ha visto en nuestros templos, porque reputan por espíritus malignos á los dioses de Roma; tampoco asisten á los juegos del Circo, porque los menosprecian. Ningún cristiano te aplaudió jamás; ninguno ha querido reconocerte como dios. Son enemigos del género humano y como tales enemigos de la Ciudad y enemigos tuyos. Se ha sublevado el pueblo contra tí sin razón alguna, porque ni tú, César, orde-

naste prender fuego á Roma, ni yo, por consiguiente, pude cumplir el mandato... Pero es preciso dar satisfacción á sus deseos. Tiene sed de sangre y de espectáculos y hay que saciársela. Sospecha de ti y hay que desvanecer la sospecha.

Al principio Nerón escuchó asombrado á Tigelino; pero luego, transmutándosele la faz histriónica, expresó sucesivamente la ira, la piedad y la indignación. De pronto saltó del asiento, dejando caer la toga, tendió las manos al cielo, y así permaneció, en actitud suplicante, un buen rato. Después, con voz trágica, pronunció estas palabras:

— ¡Oh Zeus, Apolo, Hera, Atenea, Proserpina y todos vosotros, dioses inmortales! ¿Por qué no nos distéis á tiempo testimonio de vuestra protección? ¿Qué les había hecho esta desgraciada Ciudad á esos hombres de corazón perverso? ¿Por qué esos miserables la han maltratado tan cruelmente?

— ¡Son enemigos del género humano y enemigos tuyos! — exclamó Popea.

Algunos de los presentes gritaron:

— ¡Justicia! ¡Castiga sin piedad á los incendiarios! ¡Los dioses claman venganza!

Nerón volvió á sentarse, é inclinando la cabeza sobre el pecho permaneció mudo é inmóvil un instante, como si la noticia del abominable crimen le hubiese anonadado. Pero de repente se levantó, y moviendo los brazos púsose á gritar:

— Pero ¿con qué penas, con qué tormentos puede ser castigada tanta iniquidad?... ¡Ah! Espero que los dioses me inspirarán y que con la ayuda de las potencias infernales podré dar á mi pueblo un espectáculo de tal magnitud que durante siglos los romanos hablarán de mi con agradecimiento y encomio.

Petronio se sobresaltó al oír estas palabras, pues no podía ya caberle duda de que corrían peligro las cabezas de Ligia, de Vinicio y de todos los cristianos. Cierta que no admitía su doctrina; además de estar bien seguro de su inocencia, sospechó que su persecución daría lugar á una de aquellas sanguinarias orgías que tanto repugnaban á su alto sentido estético: «Es preciso que salve á Vinicio, pensó. ¡Desdichado! Perdería el juicio si le matasen á su amada.» Y esta consideración se sobrepuso á todas las demás, aunque estaba bien convencido de que iba á empeñar una partida en que probablemente saldría vencido y descalabrado.

Habló con desenvoltura y negligencia, como solía hacer siempre que criticaba ó ridiculizaba los propósitos descabellados de Nerón ó de alguno de los augustales.

— ¡Conque habéis encontrado víctimas! — dijo. — ¡Perfectamente! Sois muy dueños ahora de arrojarlas á la arena ó de revestirlas con la *túnica molesta* (1) ¡Está bien! ¡Pero antes, oidme! En vuestras manos está la autoridad; en las de los pretorianos la fuerza. No arriesgaréis nada, pues, con ser sinceros, ya que ninguna persona extraña os escucha. Engañad, enhorabuena á la muchedumbre; pero no os engaños á vosotros mismos. Entregad, cuando queráis, á los cristianos al pueblo para que pueda éste saciar su sed de venganza; infigidles horribles tormentos, si os place; pero tened á lo menos el valor de confesar que no son ellos quienes pegaron fuego á Roma... ¡Qué ignominia! Me llamáis *Árbitro de las Elegancias*; reputáisme por hombre de refinado gusto. Pues bien; permitidme que os diga que no puedo soportar comedias tan ridículas. ¡Ah! ¿Sabéis lo que me recuerda todo esto? Pues á los payasos de la Puerta Asinaria, los cuales se visten de dioses y de reyes para divertir á la plebe, y, una vez terminado el espectáculo, cubiertos de harapos se comen un cacho de pan con cebolla, remojado con un vaso de vino acedo, en cualquier tabernucho. ¡Sed vosotros verdaderos dioses y verdaderos reyes, porque, á fe mía, bien podéis permitirlos este placer! En cuanto á ti, César, puesto que has hablado de la posteridad, no olvides que también ésta ha de pronunciar su fallo acerca de tu conducta; y por la divina Clio te juro que no podrá dejar de serte favorable. «¡Nerón, señor del mundo, dirá; Nerón, el divino, incendió á Roma, porque era omnipotente en la tierra, como lo es Júpiter en el Olimpo. Nerón amaba la poesía de tal suerte que á ella sacrificó la patria. Desde la creación del mundo, nadie, absolutamente nadie, se atrevió á acometer tan alta empresa!» ¡Esto dirá la posteridad, César! Yo te conjuro, pues, en nombre de las nueve *libethrides* (2) á que no menosprecies una gloria por virtud de la cual hasta la consumación de los siglos resonarán en el mundo cánticos en tu loor. ¿Qué será Priamo comparado contigo?,

(1) *Túnica molesta* ó *dolorosa* era la que, convenientemente azufrada se ponía á ciertos criminales para quemarlos vivos.

(2) Las musas. Se les dió este nombre por estarles consagrada la fuente de Macedonia llamada *Libethra*.

¿qué Agamenón?, ¿qué Aquiles?, ¿qué los mismos dioses?... Que haya sido el incendio cosa buena ó mala... á nosotros no debe preocuparnos. Bástenos saber que ha resultado un espectáculo bello, grandioso, extraordinario. Por otra parte, yo te fio que el pueblo no te odia ni osará revolverse contra ti. ¡Ten, pues, valor! ¡No realices un acto indigno de ti! ¡Que las generaciones venideras no puedan decir: «Nerón incendió á Roma, sí; pero después, obrando como tímido César y pusilánime poeta, declinó los honores anejos á tan heroica empresa, atribuyéndola á gente mísera é inocente!»

Las palabras de Petronio en las ocasiones solemnes causaban generalmente profunda impresión en el ánimo del Emperador; pero esta vez el *Árbitro de las Elegancias* no se forjaba ilusiones, pues demasiado comprendía que el recurso extremo de que acababa de hacer uso para salvar á los cristianos podía fácilmente no producir otro efecto que hacerle caer á él para siempre de la gracia del César.

Con todo, no le preocupó ni un momento esta contingencia, sea porque amaba audazmente el peligro, sea porque andaba de por medio en el asunto Vinicio, á quien tenia entrañable afecto: «Están echados los dados, dijo entre sí, y pronto veremos si en ese mico es mas poderoso el miedo de perder el pellejo que el amor á la gloria.» Convencido estaba, no obstante, de que triunfaria el miedo.

Después de su discurso reinó durante largo rato en la estancia sepulcral silencio. Todos miraban con ansiedad al César, quien, como de costumbre en los momentos de irresolución, alargaba los labios, levantándolos al mismo tiempo hasta tocarse con ellos la nariz.

Al cabo, en su rostro se reflejaron la contrariedad y el enojo. Advirtiolo Tigelino y apresuróse á decir:

— Señor: permíte que me aleje, pues no puedo oír sin indignación que se te induzca á desafiar el peligro y que te llamen cobarde César, pusilánime poeta, incendiario é histrión.

— ¡He perdido! — pensó Petronio. Pero, sin inmutarse, se volvió á Tigelino, y midiéndole con una mirada que contenía todo el desprecio que era capaz de sentir un patricio, á la vez hombre culto y elegante, por un bellaco, dijo:

— Tigelino; te he llamado histrión á tí, porque en este momento lo eres.

— ¿Acaso porque no quiero oír tus insolencias?

— Porque muestras ahora por el César ilimitado afecto, á pesar de que un momento antes le has amenazado con sublevar á los pretorianos. Lo hemos entendido todos y lo ha entendido también el Emperador.

No esperaba Tigelino esta salida, que le desconcertó y le hizo palidecer. Pero fué el último triunfo del *Árbitro de las Elegancias* sobre su rival, pues Popea, saliendo en defensa de éste, dijo á Nerón:

— ¡Señor! ¿Cómo permites que germine en tu presencia una sospecha semejante, y, sobre todo, que alguien sea osado á manifestarla?

— ¡Castiga al insolente! — gritó Vitelio.

Nerón, alargando de nuevo los labios hasta tocarse con los bordes de ellos la nariz, miró á Petronio con sus ojos vidriosos:

— ¿Es así como pagas el cariño que siempre te he profesado?... — le dijo con acento melancólico.

— Si me he equivocado, pruébamelo — contestó Petronio; — mas ten por cierto que cuanto he dicho me lo ha dictado el amor que te profeso.

— ¡Castiga al insolente! — repitió Vitelio.

— ¡Sí, castígale! — exclamaron otros.

Prodújose en el atrio cierta confusión, acompañada de fuertes murmullos. Todos los cortesanos se retiraron del lado de Petronio, incluso Tulio Senección y el joven Nerva que le habian demostrado siempre gran amistad. En un abrir y cerrar de ojos Petronio quedó sólo á la izquierda del atrio. Con la sonrisa en los labios, arreglándose con indolente mano los pliegues de la toga, esperaba la decisión del Emperador.

— Queréis que le castigue — dijo éste; — pero es mi amigo y camarada, y aunque haya herido cruelmente mi corazón quiero que sepa que para los amigos en este corazón no hay sino clemencia.

— ¡He perdido y... estoy perdido! — pensó Petronio.

Nerón se levantó. Había terminado el consejo.

II

Encaminóse Petronio á su casa, mientras Nerón y Tigelino pasaban al atrio de Popea, donde les esperaban los hombres